

Cuadernos del CILHA N.º 44 – 2026
Publicación continua | Ensayos
ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615
CC BY-NC 4.0 international
pp.1- 11
Recibido: 25/06/2026 – Aceptado: 25/06/2026

Fibras en movimiento: infraestructuras, materialidades y movilidades en *Autobiografía del algodón de Cristina Rivera Garza*

*Fibers in Motion: Infrastructures, Materialities, and Mobilities in
Cristina Rivera Garza's Autobiography of Cotton: A Novel*



 **Tatiana Navallo**
Universidad de Montreal
Centro de Lenguas
Canadá
ct.navallo.coimbra@umontreal.ca

 **Jorge Pantaleón**
Universidad de Montreal
Departamento de Antropología
Canadá
jorge.pantaleon@umontreal.ca

Resumen

Este ensayo presenta *Autobiografía del algodón* (2020) de Cristina Rivera Garza a partir de tres ejes centrales: las movilidades, las infraestructuras y las materialidades. Se argumenta que la obra combina archivo, memoria familiar e historia social para reconstruir la experiencia del cultivo algodonnero en la frontera norte de México, mostrando la migración como una condición estructural asociada a los ciclos extractivos del capital.

Palabras clave: Cristina Rivera Garza, movilidad, infraestructura, materialidad

Abstract

This essay analyzes Cristina Rivera Garza's *Autobiography of Cotton: A Novel* (2020) through three central axes: mobility, infrastructure, and materiality. It argues that the work combines archival research, family memory, and social history to reconstruct the experience of cotton cultivation along Mexico's northern border. It also presents migration as a structural condition linked to the extractive cycles of capital.

Keywords: Cristina Rivera Garza, mobility, infrastructure, materiality

Autobiografía del algodón (2020) de Cristina Rivera Garza, en tanto narrativa “colindante” (Rivera Garza, 2004), fusiona tanto la investigación de archivo con la memoria familiar, a fin de reconstruir una narrativa historiográfica del cultivo algodonnero en la frontera norte mexicana durante el siglo XX, particularmente en el marco de la reforma agraria posrevolucionaria mexicana, liderada por Lázaro Cárdenas. Esta, si se quiere, “escritura geológica” (Rivera Garza, 2022), en los propios términos de la autora, apuesta por una poética que aborda la materialidad del lenguaje —desde un yo plural— como un conjunto de capas donde convergen el territorio, junto a las experiencias familiares y colectivas de cuerpos y subjetividades históricamente silenciados. La voz de la narración entreteje así, al menos, tres registros simultáneos que incluyen: la crónica de la huelga algodonnera de 1934 en Estación Camarón (Nuevo León), la historia familiar —sus abuelos maternos y paternos, trabajadores del campo y migrantes fronterizos— y la reflexión sobre el escritor José Revueltas

quien, en tanto militante comunista, llega a Camarón convocado por la misma huelga. En este marco, la práctica de escritura de Rivera Garza actúa como un acto político de restitución, al enlazar el recorrido migratorio de sus antepasados con problemáticas sociopolíticas presentes, a través de la crítica al capitalismo extractivo y a la criminalidad en el norte fronterizo. Así, su escritura no solo se presenta en constante movimiento al desafiar la noción de autoría, sino que mediante “la desapropiación” (Rivera Garza, 2013), pone de relieve las derivas entre el archivo, las migraciones, las infraestructuras y materialidades que conforman el territorio; es decir, una experiencia comunitaria que, siguiendo a Andrés Olaizola, traza “el carácter geológico de un estilo definido por la sedimentación necropolítica de su escritura” (2022, p. 84).

El título mismo —*Autobiografía del algodón*— pareciera develar un programa, por qué no, epistemológico, ya que se trata de una autobiografía que no se centra en la historiografía de una planta de cultivo, sino que es en sí la voz de la planta —junto al

entorno que la rodea— relatando su propia existencia. En el texto se desplaza el sujeto de la escritura, pues son las fibras de lo viviente —el suelo árido de Coahuila y Tamaulipas, los cuerpos de los jornaleros migrantes, los surcos de los campos algodóneros, la documentación de archivo— las que se narran a través de la voz de la narración. Entendemos que este gesto, simultáneamente poético y político, no solo resuena en y con ciertas lecturas del pensamiento social y material contemporáneo, sino que propone ciertas aristas conceptuales que se encuentran imbricadas: las movilidades y migraciones, en tanto condición estructural de ciertos cuerpos y subjetividades precarizadas; las infraestructuras, como mediadoras activas del territorio; las materialidades —del algodón, del agua, de los objetos, de los cuerpos—, dotadas de afectos e historicidad; y las colonizaciones y deportaciones, como formas de violencia estatal que organizan el espacio. A través de esta lente, *Autobiografía del algodón* alberga un espacio de intervención poética y crítica, al tiempo que transparenta cómo la escritura puede convertirse en un acto de restitución.

Eslabones en la cadena de los desplazamientos: movilidades y migraciones

A lo largo de nuestro recorrido de lectura, constatamos que la migración no es un hecho accidental en la historia de las familias del norte de México, sino más bien su condición permanente. Cristina Rivera Garza, por esto mismo, no reconstruye un árbol genealógico fijo, sino una geografía de movimientos yuxtapuestos que abarcan varias generaciones, estableciendo así lo que ella misma denomina “una costumbre familiar”, citando implícitamente a los historiadores de la larga duración:

Poco sabía yo que, en la *longue durée* de mi propia historia, esa emigración emulaba muchas otras más iniciadas décadas, si no

es que siglos atrás. El regreso a la frontera. El apego a la frontera. Poco sabía que lo que estaba a punto de definir como una aventura era, también, una expulsión (Rivera Garza, 2020, p. 276).

Tal vez, entre las capas sedimentadas de esta historia de desplazamientos, la más profunda la constituyen los guachichiles, pueblo indígena nómada del altiplano potosino que resistió la colonización española hasta finales del siglo XVI. La autora los reconoce como origen de su propia genealogía durante un viaje a Venado y Charcas, en San Luis Potosí. La reflexión es contundente y lo comenta con su hijo Matías, mencionándole que los guachichiles “prefirieron luchar y perder, aguerridos siempre, en lugar de aclimatarse. Antes la muerte que volverse sedentarios en un mundo al revés” (Rivera Garza, 2020, p. 155). Cuando, por fin, fueron vencidos, los colonizadores cubrieron sus tierras con sal para impedir que volvieran a trabajarlas, un gesto de terricidio *avant la lettre*, que pone al descubierto los ciclos extractivos que el texto devela. Es así como sobre este umbral colonial se acumulan —sin cancelarse— una sucesión de oleadas migratorias que estructuran la historia familiar: desde el éxodo de José María Rivera Doñez y María Asunción Vásques desde el altiplano potosino hacia las minas de carbón de Coahuila a principios del siglo XX —siguiendo los rumores de trabajo y las huellas del ferrocarril—; pasando luego por la Revolución que recluta a José María como soldado por los estados del norte hasta 1918. Más adelante, la primera migración hacia Texas que lleva a Cristino Garza Peña a San Antonio en 1911 —con tres años de edad, en brazos de su madre—, huyendo de la violencia revolucionaria; tiempo después, el éxodo de los huelguistas de Estación Camarón en 1937 —“la mítica caravana de 20 guayines” (Rivera Garza, 2020, p. 80) que sale hacia Tamaulipas cuando la presa Don Martín se cuarteo y colapsa la producción algodónera—; y

finalmente, el desplazamiento contemporáneo de la familia de la narradora hacia las ciudades del sur de Texas, al finalizar el denominado ciclo maquilador.

Los eslabones de esta cadena de movilidad, a nuestro entender, lejos de ser contingentes, son estructurales, puesto que cada desplazamiento familiar responde a un ciclo extractivo que, en un primer momento, convoca y concentra cuerpos y subjetividades en un territorio, para luego expulsarlos una vez agotados tanto los recursos naturales y materiales, como los márgenes de ganancia. En esta línea, encontramos una imagen que condensa esa lógica cíclica en palabras de Rivera Garza:

Mis tíos y primas han dejado el valle, regresando, muchos de ellos, a las líneas de migración originarias: Brownsville, McAllen, San Antonio, Houston. Ese arribo, que más bien es un retorno, se desliza por la línea fronteriza con el mismo movimiento del punto atrás en la costura. Avanzamos para retroceder, y por eso avanzamos otra vez (Rivera Garza, 2020, p. 294).

Bajo la dinámica propia de este tipo de movilidad, la frontera en *Autobiografía...* no aparece como una línea geopolítica que se cruza, sino más bien como una infraestructura de producción de desigualdad que opera permanentemente sobre los cuerpos y las subjetividades. Así lo constata Rivera Garza al pasar un día en los Archivos Nacionales de Washington, consultando los manifiestos de cruces fronterizos: “el *Form 548*, el *Form 548B*, el *I-448*” y el “*Form 629*”. En su búsqueda encuentra la fotografía de su tercera abuela paterna, Petra Peña, cruzando la frontera con su hija en brazos. Ante este hallazgo, la narradora se pregunta: “¿por qué le tomaron una fotografía a ella y a su hija y no a los otros que cruzaban la frontera?” (Rivera Garza, 2020, p. 218); interrogante que trae consigo la reflexión de si el ocultamiento total o parcial de la información en el formulario no había sido una estrategia de

protección por parte de su abuela. Lo dicho nos invita a pensar que la mentira ante el oficial de inmigración, lejos de ser una falla moral, es una táctica de supervivencia que, a menudo, se revela como la única forma de franquear la frontera.

En este marco, uno de los momentos más sensibles se encuentra durante la deportación organizada; allí, Rivera Garza recupera una lista de objetos que 2.104 deportados mexicanos trajeron consigo al regresar a Matamoros en el invierno de 1927: “10 arados, 20 carros Ford, 12 llantas, 52 gallinas, 16 almohadas, 60 juegos de sábanas, 95 camas, 106 colchones, 198 fonógrafos, 10 espejos, 56 máquinas de coser, y ningún sombrero de mujer. Tampoco ningún libro” (Rivera Garza, 2020, p. 237). La lista se presenta, de este modo, como un archivo material de la deportación, revelando lo que se pudo salvar, lo que se consideró prescindible, y lo que el capitalismo de principios del siglo XX consideraba que una mujer no necesitaba, ni los sombreros que la harían visible en la calle, ni los libros que podrían hacerla peligrosa.

En relación de complementariedad con las líneas precedentes, desde un presente actualizado, la figura de la filósofa chicana Gloria Anzaldúa, cuyo verso abre la Parte III “Los que llevan a sus muertos en bolsas de gamuza fajadas a la cintura” —“*We have a tradition of migration, a tradition of long walks*”— atraviesa *Autobiografía...* como un marco conceptual para pensar las ontologías fronterizas. Anzaldúa aparece narrativamente en la Parte V, “Somos apariciones, no fantasmas”, cuando Rivera Garza describe su encuentro con una víbora cascabel mientras pizcaba algodón en los campos de Texas. A nuestro parecer, el episodio puede ser leído como una iniciación para sobrevivir en la frontera del algodón: en un mundo masculino de machetes y tractores, una mujer necesitaba una serpiente a su lado. De manera que Anzaldúa deja de ser una referencia teórica

para convertirse en una figura de resistencia, en una frontera vivida desde el cuerpo de una mujer mestiza, *queer* y trabajadora.

Infraestructuras del desierto: redes activas de poder y promesa

En *Autobiografía...*, la instalación y funcionamiento de las infraestructuras no aparecen como trasfondos dotados de neutralidad sobre los que se despliegan las vidas humanas. Por el contrario, el andamiaje infraestructural es un actor que produce tanto territorios como subjetividades, trayendo consigo sus propios conflictos. Rivera Garza cita de manera directa a Saiba Varma en una charla sobre la antropología de las infraestructuras; allí Varma sostiene, por una parte, que las infraestructuras ya sean suaves —hospitales y fábricas—, o duras —carreteras y puentes—, estas “construcciones son lugares encantados”, levantados por manos y cuerpos que “no hay que olvidar [...] Las infraestructuras son lugares sagrados” (Rivera Garza, 2020, p. 37). La cita resulta incidental, puesto que articula una propuesta ética subyacente a *Autobiografía...*, si consideramos que las infraestructuras que la autora describe están habitadas por muertos y trabajadores anónimos, cuya existencia ha sido obliterada por los documentos oficiales. De allí la insistencia en yuxtaponer a la presentación de Varma, su propia reflexión acerca de la dureza de la presa Don Martín, como a la exigencia de no olvidar que, en el presente, allí mismo, “Hay una fosa submarina en medio del desierto” (Rivera Garza, 2020, p. 37).

El ferrocarril es la primera gran infraestructura que encontramos en *Autobiografía...* Los poblados que Rivera Garza describe —Estación Camarón, Estación Rodríguez, Anáhuac— tienen nombres de estaciones porque nacieron como puntos de paso en la red ferroviaria:

“Primero el paso del ferrocarril; luego, un campamento. Más tarde, un lugar para comer” (Rivera Garza, 2020, p. 14). Es así como la identidad del lugar no deriva de una comunidad preexistente, sino de su posición en una red de tránsito. Y la narradora descubrirá, viajando en tren desde la estación de Lindavista hacia Real de Catorce, que está repitiendo sin saberlo la ruta de José María Rivera Doñez hacia las minas de carbón, “donde trabajó de cuando en cuando, siendo muy joven” (Rivera Garza, 2020, p. 122). Cabe aquí indicar que el tren no solo transportó mercancías, transportó también generaciones enteras de trabajadores que siguieron sus rieles como un horizonte de movilidad y como el límite de un mundo posible.

La infraestructura más decisiva, desde nuestra lectura, es hidráulica: la presa Don Martín y el Sistema de Riego Número 4. La construcción de la presa comenzó el 1° de enero de 1927; gracias a ella, el desierto de Nuevo León y Tamaulipas se convirtió en campos de algodón. Rivera Garza la describe con la misma frase rotunda de Revueltas: lo que José Revueltas vio al llegar a Estación Camarón en marzo de 1934 fue “los sembradíos de algodón del Distrito de Riego Número 4. El sistema.” (Rivera Garza, 2020, p. 17). La mayúscula y el punto aparte resultan decisivos, ya que “El sistema” transparenta una totalidad que implanta un orden geométrico sobre la llanura, que produce trabajadores, colonos y pizcadores, y que ofrece la tierra prometida a quienes no la poseían. Sin embargo, cuando la presa se cuarteo y el agua se escapa, la promesa se invierte, pues la infraestructura que garantizaba vida produce el éxodo, como bien lo explicita José Revueltas en *El luto humano* (1943): “La huelga fracasó, porque sobrevino el terrible éxodo. Nadie quiso permanecer en una tierra seca, sin lluvias, junto a un río inútil, junto a una presa inservible, cuyas cuarteaduras dejaron escapar el agua” (Rivera Garza, 2020, p. 80).

Esta reversibilidad de la infraestructura — visible en su capacidad de producir concentración y luego dispersión, de promesa y de incumplimiento— aparece como un vector constante a lo largo de los ciclos productivos que operan, paralelamente, como propulsores de nuevas búsquedas. Así, la caravana que salió en noviembre de Anáhuac (Nuevo León) fundó el “10 de diciembre de 1937 la colonia agrícola Anáhuac (Tamaulipas), en la esquina más septentrional del país” (Rivera Garza, 2020, p. 80). Por su parte, Eduardo Chávez, presente en la Parte IV, “Bordos”, encarna la utopía técnica cardenista. Desde una avioneta, el ingeniero sobrevuela el norte de Tamaulipas y diseña un segundo sistema de irrigación, conformado por bordos de contención, canales, bocatomas y esclusas. Rivera Garza describe con precisión la materialidad de esa obra: “planos de canales, diques, bocatomas, esclusas, esa vasta retícula de parcelas de irrigación” (Rivera Garza, 2020, p. 174); los quinientos hombres trabajando con pastillas de quinina bajo la lengua; el bordo de defensa contra las inundaciones del Río Bravo. El primero de mayo de 1936, una draga rompe el bordo del canal y el agua corre hacia tierras mexicanas. Ante esto, la diplomacia estadounidense protesta de inmediato, ya que el río mismo, con su lecho cambiante, produce “problemas jurídicos” interestatales (Rivera Garza, 2020, p. 166). Por esto mismo, la frontera se presenta igualmente como una infraestructura inestable, sometida a la física del agua.

La infraestructura telegráfica es la tercera gran red que atraviesa *Autobiografía...* En la Parte I, “Estación Camarón”, se mencionan los telegramas intercambiados entre los huelguistas de Estación Camarón, el gobernador de Nuevo León, el presidente de la República y los gerentes del Sistema de Riego. En su literalidad burocrática — marcada por el uso de las mayúsculas, las abreviaciones, junto a las urgencias

telegráficas— esos documentos revelan la maquinaria administrativa del Estado posrevolucionario como una infraestructura de control y de lucha simultáneas. Así, “Una clave morse enloquecida unía la punta de unos dedos con el pabellón de unas orejas y, luego, con nuestros ojos. Nuestras manos” (Rivera Garza, 2020, p. 63). Se trata de telegramas que se internan en el cuerpo, intercalándose con las labores de la administración, pues el telégrafo no transmite solo información, sino también afectos y reivindicaciones.

En este orden de ideas, Brian Larkin (2013) propone que las infraestructuras tienen una “poética” propia, en tanto generan promesas de modernidad, organizan temporalidades, producen deseos y decepciones. Rivera Garza no cita a Larkin, pero practica su argumento, si se tiene en cuenta que cada infraestructura referida es, al mismo tiempo, técnica y simbólica, material y afectiva. La presa Don Martín es una obra de arte según Revueltas —una promesa de redención del desierto—, y también la causa del desastre, puesto que la misma infraestructura porta dos temporalidades de violencia. Asimismo, la carretera de La Ribereña que une Nuevo León con Tamaulipas fue la vía de la colonización y es hoy el “rosario de pueblos fantasma o precarios a lo largo de un estrecho fronterizo” (Rivera Garza, 2020, p. 163) destruidos por el narcotráfico.

Materialidades vivientes: el algodón, el agua, los objetos, los cuerpos

Uno de los debates recurrentes de las últimas décadas, en los estudios sociales, gira en torno a las materialidades. Frente a una añeja tradición que concebía la materia como sustrato inerte, ya Arjun Appadurai (1986), hacia fines de los ochenta, propone que las mercancías tienen biografías: nacen, circulan, cambian de valor. Por su parte Jane Bennett (2010), habla de una

“vitalidad de la materia” que desafía la jerarquía entre lo animado y lo inanimado. Rivera Garza hace explícita esta tradición en la Parte II, “La pluralidad de los mundos habitados”, donde menciona “los nuevos materialismos que hoy por hoy atraviesan una buena parte de las discusiones en las humanidades” (Rivera Garza, 2020, p. 85), y la pone en práctica a lo largo del texto. En este marco, el algodón —*Gossypium hirsutum*— es el gran actor material; la autora lo trata no solo como cultivo o mercancía, sino como agente con entidad propia. Por esto mismo, cuando Revueltas llega a Estación Camarón, “podía sentir los ojos del algodón sobre su espalda. Nada escapaba a su mirada sin capullos”. El algodón mira, impone un orden, organiza el espacio; así “Si [Revueltas] veía hacia lo lejos, avizoraba el orden que el algodón había impuesto sobre la llanura” (Rivera Garza, 2020, p. 17). Y en la Parte VII, “Terricidio”, a fin de teorizar esta agencia, Rivera Garza convoca a Micheal Pollan y su argumento en *The Botany of Desire* (2002), indicando que “las plantas explotan aquellas características que las vuelven preciosas ypreciadas para los seres humanos” (Rivera Garza, 2020, p. 293). Al algodón le correspondía cubrir la necesidad humana de vestimenta, pero esta se ha realizado a un costo devastador, dando lugar a la esclavitud en el sur de Estados Unidos, al trabajo forzado y al despojo en el norte de México. En este sentido, para Rivera Garza, “El algodón no conoce la compasión” (Rivera Garza, 2020, p. 292). En relación con lo anterior, subrayamos que la referencia a Pollan, con su propuesta de leer a las plantas como agentes que manipulan los deseos humanos para su propia reproducción, da sustento a la personificación del algodón en *Autobiografía...* no solo como objeto de explotación sino como un actor central en la red extractivista.

El agua es la segunda gran materialidad del libro, aunque la más inestable. Si bien el

Sistema de Riego Número 4 transforma el desierto en campos verdes y la presa Don Martín produce prosperidad durante años, el agua también escapa por las grietas, inunda las azoteas, y arrastra los cuerpos. En *El luto humano* de Revueltas —novela que Rivera Garza lee en paralelo al libro y que narra el fracaso de la huelga, como ya se ha mencionado— el agua suelta es la fuerza que obliga al éxodo final de los últimos colonos, de manera que “La muerte impulsa a mirar todo con ojos detenidos y fervientes, y cobran las cosas su humanidad y un calor como de pasos, de huellas habitadas” (Rivera Garza, 2020, p. 86). Rivera Garza cita este pasaje para introducir la conexión entre los mundos habitados de Flammarion y las huellas habitadas de Revueltas, puesto que también el agua habita y se encuentra dotada de historicidad.

No obstante, cabe insistir en que el giro teóricamente más elaborado en *Autobiografía...*, en torno a las materialidades, se encuentra en la Parte II, “La pluralidad de los mundos habitados”, donde Rivera Garza congrega a tres pensadores para articular una ontología material no antropocéntrica. Primero, al astrónomo y espiritualista francés Camille Flammarion y su *La pluralidad de los mundos habitados* (1875), a través de la lectura realizada por Revueltas, al referirse a un materialismo cósmico que descentra al ser humano y propone que toda materia está habitada. Así, Flammarion opera como precursor histórico de los “nuevos materialismos”, relocalizando al humano en el cosmos, como gesto epistemológico y ético. Por otra parte, la narradora convoca a Martin Heidegger (2003) y su conferencia de Darmstadt (1951), donde el vínculo entre el verbo construir (*bauen*) y el verbo ser (*bin*), da lugar a un habitar que “es habitar la Cuaternidad —la tierra, el cielo, lo divino, la comunidad—” (Rivera Garza, 2020, p. 88). Por último, y en un gesto explícito de des-

eurocentramiento, invita al filósofo mixe Floriberto Díaz:

Ese posicionamiento primigenio del cuerpo, esa carga, es la misma que ocupa a Floriberto Díaz cuando describe los ejes horizontales —terrestres— y verticales —celestes— que determinan la existencia misma de su cuerpo en relación a su comunidad. Donde me siento y donde me paro, insiste Díaz repitiendo las voces de otros. Donde me reconozco con otros en el proceso de volvernó nosotros. El eco. En esta siempre irresuelta materialidad” (Rivera Garza, 2020, p. 87).

En *Escrito. Comunalidad, energía viva del espíritu mixe* (2007), Díaz provee una epistemología indígena del habitar que Rivera Garza pone en diálogo horizontal con Heidegger. De este modo, la ontología del habitar —del cuidado de la tierra y del pertenecer a una comunidad— es simultáneamente europea y mixe, filosófica y campesina. Y esa dupla se ve acompañada por Jussi Parikka (2015); la narradora lo convoca en un momento de densidad teórica, cuando argumenta que Revueltas anticipa el giro no-humano:

De la misma manera en que Jussi Parikka puede reconocer el lazo que va de la molécula de polvo en el espacio sideral al proceso de extracción de metales preciosos bajo la superficie de la tierra, así Revueltas recorre con morosidad la vereda que va de la primera célula viva en el sedimento marino al sudor en la frente de un escritor (Rivera Garza, 2020, p. 89).

Si en lo dicho la materialidad se presenta de manera continua —del cosmos al cuerpo, del mineral al pensamiento—, en la Parte VI, “Arqueología doméstica de la repatriación”, la narradora despliega la materialidad de los objetos cotidianos como archivo de experiencias. Si bien el inventario de los deportados de 1927 es el momento más explícito, no es el único. Rivera Garza describe con precisión sensorial los platos de peltre y luego de vidrio borosilicato de la *Anchor Hocking Glass Corporation*; el chorizo que cuelga del techo como “posibilidad del futuro, su confirmación misma” (Rivera Garza, 2020, p. 258); los

vestidos de novia que luego se convertían en ropones de bautizo; la máquina de coser Singer cuyo “pedal, el respunte, los aceites” (Rivera Garza, 2020, p. 259), debían revisarse antes de cada temporada. Bajo esta dinámica, los objetos no ilustran, sino que son la vida. Y los “muebles”, —término fronterizo para los automóviles— (Rivera Garza, 2020, p. 246), son el artefacto central de la movilidad familiar, ya que el cambio de mueble marca los cambios de etapa migratoria, del Ford 1927 a la pickup verde bandera.

La herramienta conceptual para pensar estos objetos llega hacia el final de *Autobiografía...* En las fuentes bibliográficas Rivera Garza cita explícitamente *Rubble: The Afterlife of Destruction* (2014) de Gastón Gordillo, quien piensa los escombros no como ausencia sino como presencia de la historia destruida. Aunque la cita no aparece en el cuerpo del texto, el concepto estructura el pasaje [El Cascajal] de la Parte VI, donde describe el barrio al que llegaron sus abuelos maternos al salir de los campos: “el cascajo [...] revela la sedimentación material de la destrucción” (Rivera Garza, 2020, p. 270), retoma la narradora. Desde esta mirada, El Cascajal de Tampico —barrio precario al que llegan los abuelos maternos cuando el algodón colapsa— no es tanto un lugar de miseria sino más bien la materialización acumulada de sucesivos ciclos de despojo.

Colonización, extractivismo y terricidio: ciclos del despojo

El proyecto algodonerío cardenista que Rivera Garza describe en la Parte IV, “Bordos”, posee todos los rasgos de lo que Jason W. Moore, en *Capitalism in the Web of Life* (2015), denomina “la apropiación de naturaleza barata”; es decir, los mecanismos mediante los cuales la tierra, el agua, las plantas y los cuerpos humanos racializados son incorporados al proceso productivo con el mínimo costo posible. En

el contexto de la Gran Depresión del gobierno de Roosevelt, el Estado posrevolucionario invita a los deportados mexicanos de Estados Unidos —cuerpos que ya saben pizcar algodón y que no tienen dónde ir— para colonizar tierras fronterizas que el mercado internacional del algodón requiere. La lógica en sí continúa siendo colonial, aunque se encuentre dotada del lenguaje de la reforma agraria y la justicia social. Con sutileza narrativa, Rivera Garza muestra este reverso: la narradora refiere que el ingeniero Chávez es un idealista que “creía, en verdad, que ese pedazo de frontera por donde colocaba los pies era el anuncio mismo de un mundo nuevo” (Rivera Garza, 2020, p. 174). El presidente Cárdenas escucha a los colonos de Estación Camarón y les entrega veinte hectáreas. En este sentido, la reforma agraria es real; sin embargo, la empresa algodonera —financiada por igual por el Banco Ejidal mexicano y por la compañía estadounidense Anderson and Clayton, con sede en Houston— reproduce la misma estructura extractiva que el discurso cardenista pretendía superar, ya que la tierra se entrega para producir algodón y no para que las familias cultiven, respondiendo a sus necesidades. Cuando el algodón colapsa, ya sea por las plagas, el agotamiento del suelo, o por las presiones del mercado global, no queda alternativa para los trabajadores agrícolas, pues si la tierra es inservible, entonces, las familias tienen que migrar.

En la Parte VII, “Terricidio” —término escrito con tres erres para señalar el exceso y la sobre determinación—, se explicita todo este proceso, desde nuestra contemporaneidad. Es aquí, donde Rivera Garza traza la cadena extractiva completa: el algodón posrevolucionario agotó la tierra; las maquiladoras post-TLCAN explotaron los cuerpos, sobre todo los de las mujeres, con salarios mínimos y condiciones laborales precarias; el narco llenó de fosas el mismo territorio; y la fracturación

hidráulica extrae ahora del subsuelo lo que ya se había sacado de la superficie. La secuencia extractiva está marcada por la continuidad: agua, fibra, sorgo, trabajo, minerales; cada ciclo, dejando la tierra cada vez más exhausta. El concepto que cierra el análisis viene del teórico libanés Jalal Toufic (2009), para quien un desastre insuperable no destruye solo la materia sino la tradición; de allí el daño que provoca, “la retirada inmaterial de textos literarios y filosóficos, así como de películas, videos y trabajos musicales, sin importar que sus copias estén todavía disponibles” (Rivera Garza, 2020, p. 290). Rivera Garza aplica esta noción al silencio sobre Estación Camarón, poniendo de relieve que el pueblo no solo fue abandonado, sino expulsado de la memoria colectiva. El olvido es el castigo por haber perdido la huelga. Y la escritura del libro —su recuperación de telegramas, fotografías de archivo, inventarios de objetos, testimonios familiares— es la respuesta a ese olvido; es decir, un contra-archivo que restituye la tradición retirada.

A modo de cierre: el punto atrás en la costura

El argumento sobre las movilidades, las infraestructuras y las materialidades no podría sostenerse en una forma convencional. Antes que por una argumentación lineal, *Autobiografía del algodón* devela el contacto, la yuxtaposición y la sedimentación. Esta elección formal responde a una necesidad epistemológica que tiene que ver con las materialidades abordadas en el texto. En este marco, consideramos que las vidas de los trabajadores algodoneros del norte de México en la primera mitad del siglo XX son vidas para las que el archivo oficial pareciera no poseer categorías apropiadas. Los formularios de inmigración los clasifican por raza, ocupación y capacidad adquisitiva; los informes policiales los describen como agitadores; los telegramas

gubernamentales los nombran solo cuando representan un problema.

Recuperar la “textura sensorial” de esas vidas —el olor de la guayaba, el sabor del agua de los drenes, el color del algodón antes del amanecer, el sonido del tecolote a medianoche (Rivera Garza, 2020, pp. 261-262)— requiere un registro que, al parecer, solo la escritura creativa puede activar. El pensamiento teórico que articula el libro — los nuevos materialismos de Bennett, la antropología de infraestructuras de Varma y Larkin, la geología de los medios de Parikka, la ontología del habitar de Heidegger y Floriberto Díaz, la agencia vegetal de Pollan, la teoría del desastre de Toufic, la cartografía fronteriza de Anzaldúa— no se superpone a la narración como marco externo, sino que emerge de ella y la justifica. Rivera Garza no usa la teoría para explicar la historia; usa la historia para hacer que la teoría produzca algo que no podría producir por sí misma. Y así, la

imagen final del libro lo condensa todo: Cristina Rivera Garza, su pareja Saúl y su hijo Matías viajan a Zaragoza, Coahuila, donde nacieron los bisabuelos, donde están enterradas en la fosa común las generaciones que nadie nombró. Antes de partir, comen tortillas de harina hechas a mano por dos mujeres en la calle, y la narradora imagina las manos de sus abuelas haciendo el mismo gesto. La movilidad no ha terminado, puesto que, en sus palabras, “avanzamos para retroceder, y por eso avanzamos” (Rivera Garza, 2020, p. 294). Las infraestructuras se han derrumbado, pero los cuerpos, las subjetividades y los afectos continúan. Las materialidades cambian de forma, pero persisten. Las fibras del algodón, como las fibras de la historia —y como el punto atrás en la costura que el libro invoca— no se rompen fácilmente. Se enredan, se condensan, se transforman, se desapropian, se sedimentan, persisten.

Referencias

- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands / La Frontera: The New Mestiza*. Aunt Lute Books.
- Appadurai, A. (ed.). (1986). *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge University Press.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Duke University Press.
- Díaz, F. (2007). *Escrito. Comunalidad, energía viva del espíritu mixe*. UNAM.
- Flammarion, C. (1875) [ed. española 1877]. *La pluralidad de los mundos habitados*. Flammarion.
- Gordillo, G. (2014). *Rubble: The Afterlife of Destruction*. Duke University Press.
- Heidegger, M. (2003). “Construir, habitar, pensar”. Conferencia de Darmstadt, 1951. *Filosofía, ciencia y técnica*. Editorial Universitaria.
- Larkin, B. (2013). “The Politics and Poetics of Infrastructure”. *Annual Review of Anthropology* 42, 327-343.
- Moore, Jason W. (2015). *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*. Verso.
- Olaizola, A. (2022). “Las escrituras geológicas de Cristina Rivera Garza”. *Boca de sapo*, 33, 84-93.

- Parikka, J. (2015). *A Geology of Media*. University of Minnesota Press.
- Pollan, M. (2002). *The Botany of Desire: A Plant's-Eye View of the World*. Random House.
- Revueltas, J. (1943). *El luto humano*. Editorial México.
- Rivera Garza, C. (2004). "Escrituras colindantes" en *No hay tal. lugar. U-tópicos contemporáneos*, 10 de julio de 2004.
<https://cristinariveragarza.blogspot.com/2004/07/>
- Rivera Garza, C. (2013). *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. Tusquets.
- Rivera Garza, C. (2020). *Autobiografía del Algodón*. Literatura Random House.
- Rivera Garza, C. (2022). *Escrituras geológicas*. Iberoamericana/ Vervuert.
- Toufic, J. (2009). *The Withdrawal of Tradition Past a Surpassing Disaster*. Forthcoming Books.
- Varma, S. (2020). *The Occupied Clinic: Militarism and Care in Kashmir*. Duke University Press.